El loco amor de la profesora

La pasión entre una maestra de 36 años y su alumno de 15 divide a Estados Unidos

JAVIER VALENZUELA

Una mujer en la cárcel, dos niños —uno de ellos en camino— privados de madre, la vida de un muchacho marcada para siempre... Éste es el resultado de la acción de la justicia del Estado norteamericano de Washington, el fruto de un terrible conflicto de interpretaciones: amor para los protagonistas de la historia, violación de menor según la ley. El caso de Mary Kay LeTourneau es de los que parten el corazón.

El pasado domingo, un portavoz de la Prisión para Mujeres del Estado de Washington informó que Mary Kay LeTourneau está embarazada y precisó que ella había dado permiso para difundir la noticia. El portavoz no dijo quién es el padre del bebé que espera la reclusa, pero a nadie le quedó la menor duda: el padre, como en el caso de la pequeña Audrey, es X. El problema está en que Mary Kay tiene ahora 36 años de edad y X, cuya identidad jamás ha sido facilitada, acaba de cumplir 15. Un amor mucho más imposible que el de Romeo y Julieta. Un amor ilegal.

Mary Kay, que ha ingresado en prisión tras desobedecer la prohibición de ver a su amante, anuncia que está embarazada

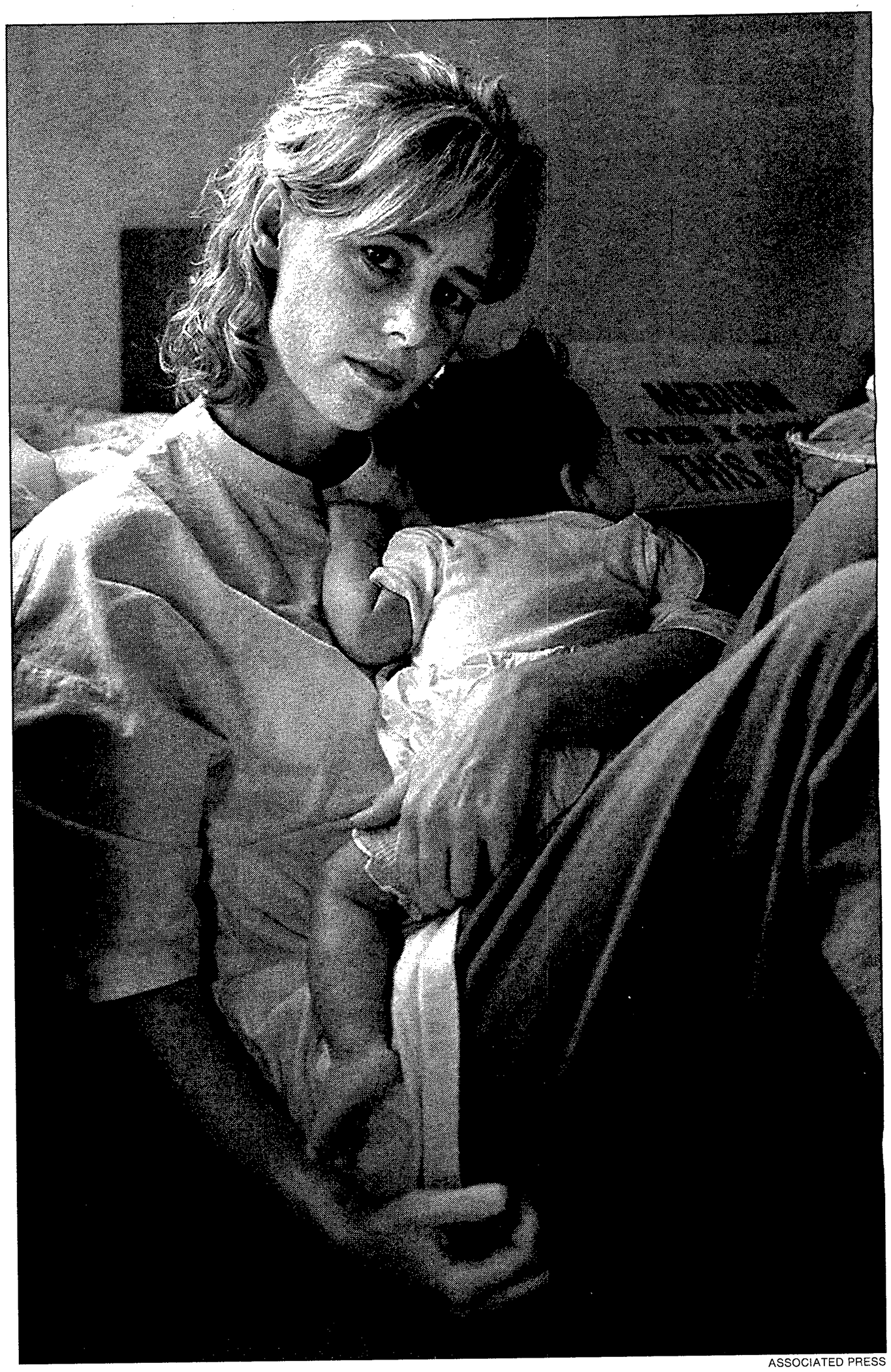
En enero de 1996 Mary Kay LeTourneau era una profesora del colegio Shorewood, en Seattle (Estado de Washington), y X uno de sus alumnos. Ella, casada y con cuatro hijos, era —y sigue siéndolo— muy actractiva: rubia, de ojos castaños, rostro fino y agradable, cuerpo delgado y modales muy dulces. Él, de origen samoano, era un chico espigado, moreno, fornido y sexualmente maduro. X, que acababa de cumplir los 13 años, no sólo era más alto y robusto que Mary Kay, sino que, según todos los que le han conocido personalmente, aparentaba —y sigue aparentando— tres o cuatro años más de los que tiene. Como la profesora, el alumno era sensible e interesado por el arte.

La profesora y el alumno comenzaron visitando museos juntos e intercambiando poesías, pero en junio de 1996 sostuvieron sus primeras relaciones sexuales. Ella quedó embarazada y los dos intercambiaron promesas de amor eterno y soñaron con su futuro matrimonio. "Mary Kay", dice su abogado David Gehrke, "había encontrado al hombre de su vida, pero tenía 13 años".

En febrero de 1997 la embarazada Mary Kay, denunciada por un familiar de su marido, fue detenida por la policía de Seattle bajo la acusación de violación de menor. En mayo, después del nacimiento de la pequeña Audrey, ingresó en prisión. El juicio se celebró durante el verano y el testimonio del muchacho no fue escuchado por el tribunal, porque la ley norteamericana rechaza la posibilidad de que un menor pueda sostener relaciones sexuales consentidas. Sin embargo, X declaró a sus familiares y amigos que estaba enamorado de la profesora, que ella jamás le forzó, que intercambiaron anillos para simbolizar su relación y que acordaron conjuntamente seguir adelante con el embarazo. En pleno juicio, X seguía soñando con que algún día podrían estar juntos sin problemas.

Mary Kay fue declarada culpable de violación de menor en agosto de 1997. Entretanto, su marido había pedido el divorcio, había obtenido la custodia de los cuatro hijos del matrimonio y se había marchado a Alaska. El 14 de noviembre, Mary Kay compareció ante el tribunal de Seattle para escuchar su sentencia. Fue una escena inquisitorial, reproducida desde entonces cientos de veces en las televisiones norteamericanas. Teniendo que mostrar arrepentimiento para evitar muchos años entre rejas, Mary Kay le dijo a la juez Linda Lau entre sollozos: "Hice algo que no tenía derecho a hacer, ni moral ni legalmente. Le doy mi palabra de que no volverá a ocurrir. Por favor, ayúdeme. Por favor, ayúdenos, ayúdenos a todos".

La juez Linda Lau la condenó a seis meses de cárcel, seguidos de tres años de tratamiento contra delincuentes sexuales. Y le prohibió expresamente que, una vez recuperada la libertad, volviera a entrar en contacto, directo o indirecto, con el muchacho. "No toleraré", dijo, "ninguna violación a esta orden. Desde el momento en que quede en libertad, y a lo largo de los próximos años, su vida no le va a pertenecer a usted sola. Vamos a estar encima de usted en todo momento: a dónde va, de dónde viene, qué hace cada día... Todo va a ser supervisado por la brigada anticorrupción de la policía". Si la profesora violaba la prohibición, la juez le advirtió que le aplicaría la condena de 7 años y medio de cárcel que corresponde a los violadores de menores.



ASSOCIATED PRESS

Mary Kay LeTourneau sostiene en brazos a su pequeña Audrey.

Audrey, el bebé de Mary Kay y X, se quedó con la familia del adolescente, que jamás ha hecho campaña contra la profesora. "Mary Kay", dijo entonces la madre de X, "no es una mala persona; tan sólo es un ser humano que ha cometido un terrible error. Y creo que ya ha sido castigada lo suficiente por ese error".

Dateline, un programa informativo de NBC, entrevistó el pasado otoño a los protagonistas de la historia.

— Una relación sexual con un chico de 13 años es un gran abuso de confianza —le dijo la periodista a Mary Kay—. ¿Cómo se lo justifica usted a sí misma?

— ¿Cómo lo justifico? No tengo por qué —respondió suavemente la profesora—. Es el amor de mi vida.

— ¿En algún momento en el transcurso de sus relaciones pensó usted que estaba haciendo algo malo?

— Por supuesto —respondió Mary Kay—. Sí, la parte extramatrimonial estaba mal.

— ¿Y qué hay de la edad?

— En mi mente y en mi corazón, la edad no contaba. Yo necesitaba esa relación y él también la necesitaba.

Dateline también entrevistó a X. Al adolescente no se le vio el rostro, escondido entre las sombras o borrado por procedimientos electrónicos.

— ¿Te violó? —preguntó la periodista de NBC.

— No.

— ¿Te hirió?

— No —respondió el muchacho. Y tras una breve pausa añadió:— El sexo no era lo importante.

— ¿Qué era lo importante?

— Lo único que contaba era que nos amábamos.

Último encuentro

Seguían amándose a comienzos de este año, cuando tras pocos meses en prisión Mary Kay salió en libertad provisional por buena conducta. Eso sí, con la condición de que jamás volviera a intentar entrar en contacto con X o cualquier otro de sus ex alumnos. La juez Linda Lau le recordó que si reincidía sería condenada a una pena de 7 años y medio entre rejas.

El pasado 2 de febrero, Mary Kay fue detenida a una manzana de su casa de Seattle. Eran las 2.24 de la mañana y un coche patrulla de la policía, que buscaba un vehículo robado, encontró sospechosos los movimientos en el interior de un Volkswagen aparcado desde hacía tiempo, con las luces apagadas y las ventanas cerradas. Los agentes pidieron a los ocupantes del Volkswagen que salieran sin realizar movimientos extraños. Eran la profesora y el alumno. El parte policial precisó que estaban vestidos y también señaló que en el coche se encontraron el pasaporte de Mary Kay, 6.200 dólares en metálico y ropas de hombre y de niño, lo que funcionarios interpretaron como indicios de que la pareja planeaba escapar del país.

"Tan sólo estaban hablando", dijo David Gehrke, el abogado de Mary Kay. "Pido un poco de comprensión para mi cliente. El que, pese a la orden judicial, haya vuelto a ver al chico revela la profundidad de sus sentimientos hacia él". La fiscalía no lo vio así. "El único modo de

impedir que Mary Kay LeTourneau reincida es que esté en la cárcel los siete años y medio que le tocan", dijo su portavoz, Dan Donohoe. El 6 de febrero, Mary Kay, esposada, con el pantalón y la camisa rojos carcelarios, devastada por el dolor y la vergüenza, al borde de sus fuerzas, volvió a comparecer ante el Tribunal de Seattle que preside Linda Lau. "Su comportamiento es profundamente perturbador", dijo la juez. Y, como había advertido, la condenó a siete años y medio. Mary Kay fue ingresada en la Prisión de Mujeres del Estado de Washington, la misma en la que el pasado domingo se anunció que está de nuevo embarazada.

Contenta con su embarazo

Mary Kay, pues, será acusada de nuevo y pueden caerle siete o diez años de prisión adicionales. Poco importa que Robert Huff, el abogado de X, haya hecho saber que el adolescente no cooperará con la policía y la juez contra ella. X y su familia, dice Huff, están "muy tristes porque Mary Kay tenga que pasar este embarazo en prisión".

Los defensores de Mary Kay dicen que está enferma, que necesita tratamiento psiquiátrico. La psicóloga Julia Moore, que declaró en el juicio a petición del abogado de la profesora, afirma: "Su mente está arrebatada por la pasión por ese chico; no es capaz de tomar decisiones racionales". La psicóloga cree que puede haber en ello algo hereditario. John Schmitz, el padre de Mary Kay, fue un congresista ultraconservador de California que terminó su carrera desastrosamente cuando se supo que había tenido dos hijos con una ex alumna.

Los detractores de Mary Kay la tildan de viciosa, corrupta y corruptora, golfa antisocial. "Que un profesor se acueste con un alumno es un acto de alta traición", dice el sociólogo de Seattle Pepper Schwartz. Pero ni unos ni otros parecen aceptar el hecho de que Mary Kay y X están sencillamente enamorados.

¿Y el muchacho? En declaraciones a *The New York Times,* Fred Berlin, un psiquiatra de Baltimore que ha trabajado en cientos de casos de abusos sexuales, ha roto un tabú al presentar otro punto de vista. Berlin está de acuerdo en que las relaciones sexuales con menores deben ser perseguidas socialmente, pero también cree que hay casos excepcionales e intuye que éste puede ser uno de ellos. El psiquiatra de Baltimore dice que X parece maduro física y psicológicamente, y añade: "Enviar a la cárcel a la persona que ama y que le ama sólo puede hacerle muchísimo daño. A este chico se le está diciendo que debe vivir el resto de su existencia con la idea de que él fue mancillado y de que al mismo tiempo, él fue el responsable de que su primer gran amor fuera a la cárcel".

Mary Kay está contenta con su embarazo. "Ella tiene sólidos fundamentos morales y religiosos y considera que su nuevo hijo es un don de Dios", dice su abogado. La profesora ha hecho saber que nada le haría más feliz que criar a su hijo en prisión, pero el Estado de Washington ha anunciado esta semana que le será arrebatado a los pocos días del parto. Las autoridades decidirán entonces a quién entregan el bebé.

La otra cara de Alfred Kinsey

Una biografía iconoclasta pone en tela de juicio tanto al hombre como al sexólogo

LAURENT ZECCHINI

Fue como un impacto, como un puntapié en el hormiguero de tabúes de una sociedad en la que reinaban aún los valores de la era victoriana. La publicación de *Sexual behaviour in the human male (Comportamiento sexual del varón),* en enero de 1948, fue recibida con una incredulidad a la que reemplazó bien pronto un entusiasmo apasionado. En seis meses se vendieron más de 200.000 ejemplares, un éxito que la revista *Time* comparó al de *Lo que el viento se llevó.* Es una verdadera "bomba atómica social", añadía *Look.* Sin embargo, el acontecimiento no parecía tan prometedor a primera vista: kilo y medio de estadísticas y de una jerga extraña, sin la menor ilustración, donde se describían las costumbres sexuales de los norteamericanos. Pero los lectores se dieron cuenta bien pronto de lo esencial: allí estaba todo lo que jamás se habían atrevido a preguntar sobre el sexo.

Mejor aún: gracias a Alfred Kinsey se enteraron de que sus deseos y fantasías no eran propios únicamente de obsesos sexuales. El valor de Kinsey consiste en su análisis de los comportamientos sexuales de sus contemporáneos con una mirada fría, clínica, casi de biólogo.

EFE

El doctor Alfred Kinsey, sentado, en su época de mayor prestigio.

Un precursor

Algunos expertos criticaron el método estadístico que había elegido, pero de poco sirvieron sus críticas ante el entusiasmo popular. En muchos aspectos fue Kinsey quien sembró en las mentalidades los gérmenes de la revolución sexual de los años sesenta que dará origen al feminismo, a la píldora, a los cursos de educación sexual en las escuelas y, más tarde, al movimiento homosexual.

Alfred Kinsey se convirtió así en el gran sacerdote de la sexología. En Estados Unidos y Reino Unido, su estudio ha sido referencia indiscutible durante más de cuarenta años. Precisamente hasta la aparición de una biografía iconoclasta de James Jones (*Alfred Kinsey: a public/private life,* de James Howard Jones, W. W. Norton & Company), que revela el jardín secreto del bueno de Alfred Kinsey, pues detrás del Dr. Jekyll se esconde Mr. Hyde: un homosexual sadomasoquista cohabita con el científico respetado, trabajador infatigable, buen padre y buen esposo. Para comprender el choque producido por estas revelaciones, hay que tener en cuenta el que provocó, en 1948, el informe Kinsey. La sociedad norteamericana de aquel entonces se complacía en una moral hipócrita que se basaba en el secreto obligado en todo lo concerniente a las relaciones íntimas de la pareja, en la ocultación del erotismo. Alfred Kinsey apareció como una especie de salvador, levantando la tapadera de los deseos reprimidos. ¿Cuál era su mensaje? En primer lugar que hay que ser tolerante con las prácticas sexuales llamadas atípicas, pues en lo que concierne a la sexualidad no puede hablarse de comportamiento *normal.*

Para demostrarlo, alineaba unas compactas columnas de estadísticas que destruían la moral comúnmente admitida. Por ejemplo, decían que en Estados Unidos eran infieles a su mujer entre el 35% y el 40% de los maridos; que entre los veinte y treinta años casi la mitad de los esposos engañaban a su mujer una vez y media por semana; que el 27% de los quincuagenarios que tenían medios económicos tenían también una querida; que el 70% de los hombres de 35 años habían recurrido alguna vez a la prostitución; que el 90% de los hombres de raza blanca se habían masturbado alguna vez, y que el 85% habían mantenido relaciones sexuales (con penetración) antes del matrimonio. Y, para terminar, *last but not least,* el 37% de ellos había tenido, al menos, una experiencia homosexual en su vida.

Sus datos sobre la sexualidad de los niños procedían de un pedófilo acusado de abusar de 317 adolescentes

Si la ley se aplicara con todo rigor, decía Kinsey, el 85% de los jóvenes se verían acusados de "delitos sexuales". Sus revelaciones resultaban también corrosivas para los que defendían cierta idea de la sociedad, pues afirmaba que los comportamientos sexuales variaban según el origen social y el nivel de educación, y perturbadoras, al rehabilitar la homosexualidad.

Todas estas afirmaciones fueron recibidas y aceptadas en bloque sin que nadie sintiera la necesidad de examinar críticamente las bases en las que se fundaba la argumentación del autor. Cuando, en 1953, se publicó la parte del informe dedicada a la mujer *(Sex behaviour in the human female),* la autoridad de Kinsey era casi indiscutida. En 1972, Wardell Pomeroy, el principal colaborador de Kinsey, decía: "Alfred Charles Kinsey, el genio de fama mundial, era un hombre sencillo". ¿Sencillo? No parece la palabra adecuada cuando se lee la biografía de James Jones, más bien obseso o torturado.

Esta obra, que no tiene nada de panfleto, desinfla un mito: el historiador ha trabajado 20 años en ella y ha tenido acceso a todos los archivos y correspondencia del Instituto Kinsey. Pinta al hombre tal como fue, tan poco presentable que si hubiera sido visto así en su momento no hubiera escapado a un oprobio generalizado. ¿Su trabajo tuvo como fin último hacer aceptable la homosexualidad? James Jones lo afirma, aunque no podamos estar seguros de ello. Fue en la Universidad de Indiana donde —licenciado en Biología y Psicología, daba clases de Zoología— nació la verdadera vocación de Alfred Kinsey.

Daba también clases sobre el matrimonio. Sus estudiantes le interrogaban sobre las relaciones sexuales y él grababa las confesiones íntimas que le hacían. Los 12.000 testimonios que recogió fueron la base de su estudio sobre el comportamiento sexual del varón norteamericano. En dicha universidad conoció a Clara Bracken, con quien se casó y a la que hizo su colaboradora. Clara fue amante de varios ayudantes de su marido, tanto por gusto como para cumplir una *misión* encargada por éste, que era su espectador y el cineasta.

Su vida común es posible que fuera, como sostiene Jones, una auténtica historia de amor, pero parece también la de una complicidad perversa. Posteriormente, la creación del Instituto Kinsey en Bloomington (Indiana) permitiría a su director realizar una serie de trabajos prácticos sin ningún obstáculo, como complemento de sus observaciones estadísticas. ¿El Instituto Kinsey llegó a convertirse en una *dictadura sexual* y su director en un *jefe de secta?* Es una conclusión nada disparatada si seguimos el relato de James Jones.

Intercambio sexual

Lo cierto es que, en estas circunstancias tan favorables, los demonios interiores del zoólogo se liberan. Anima a sus ayudantes y a sus esposas a multiplicar y a intercambiar experiencias sexuales, y unos y otras obedecen empujados por el ascendiente del venerado patrono. No se trata de orgías, pues Kinsey sigue siendo un científico. Todos los actos son filmados, analizados, discutidos y clasificados. ¿Era Kinsey un utópico sexual? Es probable, pero lo cierto es que sus obsesiones bastan para dejar muy deterioradas las conclusiones de su famoso informe. Y eso no es todo, pues debido a las aficiones del investigador la muestra de personas interrogadas representa una extrapolación deformada de la población norteamericana. Kinsey prefería los sujetos que se encuentran en los márgenes de la sexualidad: homosexuales, sadomasoquistas, mirones, travestidos y pedófilos, pues, según él, relataban sin hacerse rogar sus experiencias sexuales. Y hay algo más grave: el actual director del Instituto Kinsey, John Bancroft, ha reconocido, en diciembre de 1995, que las observaciones acerca de la sexualidad de los niños pequeños no procedían, como sostuvo Kinsey, de varios testimonios, sino de uno sólo: el de un pedófilo acusado de haber abusado de 317 adolescentes.

Seguramente la idea más falsa —tenida durante muchos años como un dogma— es que en la población norteamericana hay un 10% de homosexuales. En realidad, como confirmó en 1994 una investigación de la Universidad de Chicago, el porcentaje es del 2,4%.

Es difícil hacer un juicio ponderado de la obra de Alfred Kinsey. Más de cuarenta años después de su muerte (en 1956) sigue siendo una referencia, y no cabe duda de que sus trabajos determinaron una forma de ver la sexualidad cuya importancia histórica le rebasa con mucho.

Le Monde / EL PAÍS